

Jornadas cistercienses internacionales, Clairvaux

2 de junio 2005

Palabras de Bienvenida del Obispo de Troyes

Queridos amigos,

Estoy feliz de poder participar al menos en la inauguración de este tercer encuentro internacional de Laicos Cistercienses. Desde ya, me gustaría decirles que, si el tiempo no me permite estar presente en sus trabajos, estaré en profunda comunión con ustedes a lo largo de estos días, considerando que oración, meditación, reflexión y experiencias compartidas que van a acumularse en *Clairvaux* durante esta sesión son una grande gracias para los participantes, sin duda, pero también para nuestra iglesia diocesana. Cuento mucho con los *Auboïs* presentes en estas jornadas para hacerse eco de este mensaje cerca de nosotros.

Yo me alegro y les felicito por su elección de *Clairvaux* como lugar del tercer encuentro. Era legítimo comenzar en Chile y los Estados Unidos para significar la dimensión universal del pensamiento de *Bernard de Clairvaux*, pero no faltaba más que venir enseguida a *Clairvaux*, lugar fuente, lugar donde la espiritualidad cisterciense está inscrita en las piedras y en la tierra, y donde gracias a ustedes, no podrá sino irradiarse de más en más.

Esta mañana, me complace en saludar a *Dom Bernardo OLIVERAS*, Abad General de la Orden Cisterciense de la estricta observancia, también a *Dom Olivier QUENARDEL*, Abad de *Cîteaux*, con quien yo tuve le gusto de encontrarme en *Troyes*, en la fiesta de Pentecostés, a propósito de *Rachi* y *Bernard de Clairvaux*. La presencia de los dos es un signo, amigos Laicos Cistercienses, de que ustedes tienen buenos guías y buenos pastores en su camino. Sean también bienvenidos los Abades, las abadesas, monjes y monjas que seguirán son ustedes durante estos días. Si me complace dirigirles un saludo fraternal es porque, en la *Grange d'Outre-Aube*, no están simplemente en una clausura cisterciense, están en el territorio de la diócesis de *Troyes* y, como Pastor de esta diócesis, es muy importante decirles una vez más a ustedes y a todos los participantes de este encuentro, ¡cuánta necesidad tenemos de la espiritualidad de San Bernardo para irrigar nuestra vida eclesial! Y contamos con los animadores de la "*La Grange*" para ser testigos de lo que San Bernardo pudo animar (en el sentido de dar alma, espíritu), la vida de los hombre y mujeres comprometidos en la búsqueda de sentido y en los combates del mundo actual.

Mi más vivo deseo es que estén al servicio de la comunidad diocesana; ¡lo que no es cosa de poca monta! *Clairvaux* este situado en la frontera de "*l'Aube*" sobre un territorio e el cual la ciudad principal está, ella, en el centro... Ustedes lo saben como yo, actualmente gracias a las técnicas modernas, los mensajes esenciales van más rápido a las extremidades de la tierra que vengán al centro de la diócesis. Es decir, tenemos que trabajar mucho sobre la comunicación para que *Bernard de Clairvaux*, quien movió las multitudes de esta comarca en la Edad Media, sea de nuevo una interpelación los *Auboïs* de hoy. Una peregrinación a la cual están invitado los cristianos de la diócesis, intenta, cada año al mes de junio, reavivar la memoria de San Bernardo, en la fecha del aniversario de la llegada de los monjes a *Clairvaux*. Es necesario reconocer que hay todavía mucho que hacer para que los cristianos de la diócesis tomen consciencia del tesoro espiritual que aquí les ofrece. De este punto de vista, la presencia de la fraternidad cisterciense

es un don precioso que nos hace el Señor. Sus miembros aseguran la continuidad de esta tradición de muchos siglos uniendo el trabajo y la oración en el desarrollo armonioso de una existencia que, despliega así todas las potencialidades que posee una persona humana. Es fácil darse cuenta de que una tal opción de vida no ha envejecido a pesar del tiempo de la reforma cisterciense.

Pero *Clairvaux* no es solamente el bien de los *Abois*; es un bien universal, del cual la importancia pide darle relevancia. Treinta años después de la fundación del monasterio por los doce pioneros del cual *Bernard* era el jefe de fila, había en *Clairvaux* setecientos monjes. Cinco años más tarde, a la muerte de San Bernardo, la Abadía es madre de sesenta monasterios. El tiempo ha querido que ese admirable conjunto arquitectónico conozca una historia agitada. Muchos ya no saben muy bien que el monasterio ha sido un lugar fuerte de oración y de consagración. Ellos no conocen de *Clairvaux* sino su destino carcelario desde la Revolución francesa. Gracias a selecciones recientes del Estado, los edificios de la Abadía están en vía de llegar a ser lugares de cultura que atraerán a numerosos turistas en los próximos años. Sería una pena que no puedan volver a ser lo que eran al principio, el lugar de una intensa cultura espiritual donde muchas personas podían hacer el aprendizaje del misterio de Dios cerca de la comunidad monástica de *Bernard*. Hoy, donde se practica de buena gana el turismo de las “viejas piedras”, es urgente que se les ofrezca a los hombres en búsqueda de sentido de su vida, más allá de las prestigiosas acumulaciones de piedras, aperturas sobre lo esencial, luces para las vidas en problemas, llamados a ir más lejos de sí mismo. *Bernard de Clairvaux* es indiscutiblemente un maestro para las esperanzas de hoy.

A la hora de las dificultades de Europa, es bueno que recordemos sus esfuerzos incansables por establecer la paz entre ciudades, reyes, la Iglesia y ciertos gobernantes. Él nos llama a continuar estos esfuerzos por la paz que pasan por la acogida de las diferencias del otro, el respeto de su singularidad y la voluntad de ponerse a su disposición, más allá de nuestros intereses particulares que podrían animarnos.

Bernardo fue también un gran mensajero del amor de Dios. Este amor proyecta su luz en la vida de los hombres, invitándoles a descubrir la verdad de lo que son y también a amar su personalidad, porque Dios lo ha permitido. Es a este realismo de la vida cristiana que él pueda abrirnos ahora, en un tiempo donde muchos buscan amparos fantasmáticos.

En fin, Bernardo fue el hombre de palabras proféticas, de palabras fuertes e implicadas en todos los tratos de su tiempo. Reflejo de una Iglesia que está al servicio del hombre y de la historia. Son todas estas enseñanzas y aún otras todavía que constituyen el tesoro de *Clairvaux*.

¿Por qué no dar a los visitantes la posibilidad de acceder a ello y de no llegar más lejos que las curiosidades arquitectónicas? Ustedes, Laicos Cistercienses, podrían ser los mediadores de esta “enseñanza”. Yo cuento mucho sobre esta mediación para que *Clairvaux* no sea únicamente un lugar de cultura, sino un lugar de espiritualidad donde se construya a un hombre completo, en el cual todas las potencialidades sean respetadas.

+ Marc STENGER
Obispo de Troyes

